

GENTE VIEJA



ECOS DEL SIGLO PASADO

Número atrasado, 50 céntimos.

Paquete de 25 ejemplares, 2,50 pesetas.

NUESTRO CUESTIONARIO

Comenzamos hoy á publicar parte de las contestaciones recibidas, habiendo tenido el sentimiento de tener que retirar muchas, unas por demasiado verdes y otras por demasiado inocentes.

El sufragio universal aplicado á la inteligencia y á la literatura no nos ha dado todo el resultado que esperábamos, lo que prueba que eso de los genios ignorados, lo mismo entre los jóvenes que entre los viejos, tiene mucho de preocupación. En la vida moderna, con las facilidades que hoy hay para darse á conocer, todo el que vale llega, naturalmente, hasta donde su valer le permite; pero no es aventurado asegurar que, por regla general, todo el que merece ser conocido lo es en la medida de sus méritos.

Y perdonen nuestros lectores esta homilía, que realmente no hacía falta para nada.

**

Como ha pasado algún tiempo desde que se publicó nuestro cuestionario, y en las contestaciones unos lo incluyen y otros se limitan á enumerar las respuestas, reproducimos aquél, teniendo la seguridad de que el buen sentido de nuestros lectores sabrá hallar la congruencia entre lo preguntado y lo respondido.

—Decid, niño, ¿cómo os llamáis?¹

—¿Os ha parecido la vida larga, corta, ó de tamaño natural?

—¿Cuáles son vuestros juguetes predilectos?

—¿Tenéis arrugas y canas en política?

—¿Qué virtud os parece más inaguantable?

—Si se acabaran los alimentos en el mundo, ¿á qué persona notable os comeríais?

—¿Es cierto que se quiere tanto á los nietos, no porque lo sean, sino porque recuerdan á los hijos cuando eran pequeños?

—Si es afirmativa la contestación á la anterior pregunta, padres los que tenéis hijos, ¿recibís el consuelo que esperábais de los vuestros ya crecidos é independientes?

—La indiferencia y la ingratitud á los que fueron ¿es ley del instinto de conservación?

—Lo viejo que no produce en ningún sentido, ¿es natural que sea abandonado por los jóvenes?

—Todo lo que es natural, ¿es justo?

—¿Tiene usted las mismas aficiones filosóficas, los mismos ideales políticos y los mismos gustos literarios y artísticos que hace treinta años? Si hay cambio en ellos, ¿resulta el cambio una inconsecuencia?

—¿Qué época hubiera usted preferido para su juventud: ¿la pasada ó la presente?

—¿Imitó usted alguna vez en sus mocedades al casto José? En uno ú otro caso, ¿está usted arrepentido?

¹ Responda su nombre en catalán, bable, galaico, vasco, ó en el alfabeto de los mudos.

CONTESTACIONES AL CUESTIONARIO DE «GENTE VIEJA»

—¿Cuáles son vuestros juguetes predilectos?
—Los periódicos liberales, porque me divierten mucho.

—¿Qué virtud os parece más inaguantable?
—Todas, cuando son impuestas; principalmente la continencia, á que obliga la falta de dientes, y la castidad, que determina la sobra de años.

—Si se acabaran los alimentos en el mundo, ¿á qué persona notable os comeríais?

—Sintiéndolo profundamente, me fijaría desde luego en mi antiguo amigo Alberto Aguilera.

—¿Es cierto que se quiere tanto á los nietos, no porque lo sean, sino porque recuerdan á los hijos cuando eran pequeños?

Si es afirmativa la contestación á la anterior pregunta, padres los que tenéis hijos, ¿recibís el consuelo que esperábais de los vuestros ya crecidos é independientes?

—El amor que tenemos á los nietos consiste en que tratamos de suplir con la mayor intensidad la menor duración del cariño, y en que, siendo la vejez una segunda infancia, nos complace jugar con los nietos, ya que no podemos hacerlo con los hijos emancipados.

—Todo lo que es natural, ¿es justo?

—Las canas, símbolo augusto, se tiñe Justo Arenal en mengua de su buen gusto: de aquí que mi amigo es Justo; pero nada natural.

—¿Tiene usted las mismas aficiones filosóficas, los mismos ideales políticos y los mismos gustos literarios y artísticos que hace treinta años?

Si hay cambio en ellos, ¿resulta el cambio una inconsecuencia?

—Aferrarse á un ideal, lo mismo en filosofía, que en política y arte, sería tan insensato como el obstinarse en encender la luz con pajueta y alumbrarse con aceite de oliva, porque la consecuencia puede ser enemiga de la razón. De aquí mis cambios, que confieso.

—¿Imitó usted alguna vez en sus mocedades al casto José? En uno ú otro sentido, ¿se arrepiente usted?

—Fué historia y parece cuento.....

De ella el nombre guardaré dentro de mi pensamiento.....

¿Necedad?... ¿Temor?... No sé.

Y.... nada, no me arrepiento.

MANUEL OSSORIO Y BERNARD.

**

—Decidme, niño, ¿cómo os llamáis?

—Cuando me piden, Andana.

—¿Os ha parecido la vida larga, corta ó de tamaño natural?

—Corti-larga y anchi-estrecha. De todo ha habido en la viña del Señor ¹.

—¿Cuáles son vuestros juguetes predilectos?

—Las monedas de oro de 20 duros y los billetes de Banco de 1.000 pesetas.

—¿Tenéis arrugas y canas en política?

—A mí ningunos afanes me dieron los que pelean por éstos ó aquellos planes; soy como los sacristanes, que con los santos se hombrean.

—¿Qué virtud os parece más inaguantable?

—La modestia, que al ser excesiva puede ser muy perjudicial para el bobo que la tiene.

—Si se acabaran los alimentos en el mundo, ¿á qué persona notable os comeríais?

—No soy antropófago; pero buscaría á la hembra más notablemente hermosa, y, poco á poco, me la comería á besos, para negar lo dicho por los ascetas de que, de todas las carnes, la de mujer es la más funesta, cuando para muchos, como para mí, es la más sabrosa.

—¿Es cierto que se quiere tanto á los nietos, no porque lo sean, sino porque recuerdan los hijos cuando eran pequeños?

—No soy abuelo; pero dice el refrán que el que no lo es no conoce día bueno.

—Padres los que tenéis hijos, ¿recibís el consuelo que esperábais de los vuestros, ya crecidos é independientes?

—Decir lo contrario sería ofenderlos.

—La indiferencia y la ingratitud á los que fueron, ¿es ley del instinto de conservación?

—No; lo es del egoísmo. Así, mientras unos se precian de su abolengo y de tener sangre azul, ó se enorgullecen con los timbres de sus antepasados, otros ocultan, con buen acuerdo, que descienden tal vez de tahures follones y malandrines.

—Lo viejo que no produce en ningún sentido, ¿es natural que sea abandonado por los jóvenes?

—No; como no se debe dejar olvidada la bandera en el baluarte que se abandona al enemigo, ni el relicario que nuestra madre nos legó.

—Todo lo que es natural, ¿es justo?

—No; es lógico.

—¿Tiene usted las mismas aficiones filosóficas, los mismos ideales políticos y los mismos gustos literarios y artísticos que hace treinta años?

—Los mismos, poco más ó menos, depurados por la experiencia en el crisol del escarmiento.

—¿Resulta el cambio una inconsecuencia?

—No; es sencillamente el progresivo conocimiento de una causa.

—¿Qué época hubiera usted preferido para su juventud, la pasada ó la presente?

—Siempre tiempo pasado fué mejor; pero yo elegiría la que está por venir. ¡Quién me diera á conocer el mundo dentro de cien años!

¹ Por eso dice un poeta ilustre:

De sesenta minutos
consta la hora,
y unas veces es larga
y otras es corta.
Quién no lo crea,
tenga un día de goces
y otro de penas.

— ¿Imitó usted alguna vez en sus mocedades al casto José?

— No he encontrado nunca verdaderas gangas; pero confieso, sin embargo, que, como una mujer sabe más que siete estudiantes en cuestiones de amor, he sido, con frecuencia, con ellas un verdadero pipiolo.

— ¿Está usted arrepentido?

— Más que arrepentido, contrito y absuelto y hasta con el último Sacramento, que, en las lides de la Venus sensual, lo es el matrimonio.

ENRIQUE PRINCIPE Y SATORRES.

14 Enero 1903.

* *

Aunque hay catorce apuntadas, van once interrogaciones con respuestas salteadas, como si fuesen riñones.

¿Os ha parecido la vida larga, corta, ó de tamaño natural?

En esta interrogación pongo, á más de un calderón, un largo compás de espera: exacta contestación la daré.... cuando me muera.

¿Qué virtud os parece más inaguantable?

Suprimo las teologales. Cuando se inquieta la panza con famélicas señales, una de las cardinales, la cuarta, que es la Templanza.

Todo lo que es natural ¿es justo?

Lo natural es moral: es el deber personal que se salda con más gusto: lo natural siempre es justo, justo porque es natural.

¿Tenéis arrugas y canas políticas?

Sin observaciones críticas, porque domine no soy. ¿Canas y arrugas políticas? No existen. Son.... IMPOLÍTICAS, y de ellas plagado estoy

¿Tiene usted las mismas aficiones filosóficas, los mismos ideales políticos y los mismos gustos literarios y artísticos que hace treinta años? Si ha cambiado en ellos, ¿resulta el cambio una inconsecuencia? ¹.

Maura, Moret, Capdepón, moved la lengua y los labios: dad por mí contestación.

¿Son los memos, ó los sabios los que cambian de opinión? Cuando lleno de experiencia el político es juicioso, y no un tuno sin conciencia, si da un cambio provechoso, ¡qué ha de ser inconsecuencia!

¿Cuáles son vuestros juguetes más predilectos?

¿Mis juguetes? No estoy loco. Sin andarme por las ramas, como las ventajas toco, con los naipes juego poco; me gusta más con las damas.

¿Imitó usted alguna vez, en sus mocedades, al casto José? En uno ú otro caso, ¿está usted arrepentido?

Si de mi capa han tirado, no á mi homónimo imité, que fué un tonto rematado. ¿Arrepentirme? ¿Por qué? Que me quiten lo bailado.

¿Qué época hubiera usted preferido para su juventud?

Para esa edad codiciada, no envidiosa y sí envidiada,

no hay época preferente: la pasada y la presente, la presente y la pasada.

Si se acabaran los alimentos en el mundo, ¿á qué persona notable os comeríais?

Porque su trato es muy grato, de molestarle no trato; pero, si posible fuera, me comería.... á Aguilera, porque hay carne para un rato.

Decid, niño, ¿cómo os llamáis?

Mi apellido ha sido y es catalán ó aragonés. Si hay que dar la firma entera, yo firmo de esta manera:

JOSÉ MARÍA NOGUÉS.

* *

A la 1.^a Pusiéronme Manuel; me llamaron mis amigos Manolo; señor Manuel la gente mal educada; por mi apellido la sensata; don Manuel los tontos: Yo, me llamo andana.

A la 2.^a Si se efectúa la anunciada cita en el Valle de Josafat, y allí tropezamos con alguno que le haya parecido corta, es porque á ese no le dejó tiempo de arrepentirse. Aquí nos contarán un cuento tártaro.

A la 3.^a Los políticos en mal uso, la caridad oficial, gansos á la moda, la literatura de ciertos periódicos, los concursos de Blanco y Negro y las crónicas de Monte-Cristo.

A la 4.^a Nunca he tenido una peseta, ni me ha conocido nadie. Y como tener nombre y necesidades en política, sólo podía ocurrirle á Pí y Margall, mis canas son de ver el turno de los partidos, y mis arrugas hue-las del hambre cotidiana.

A la 5.^a La humildad y la paciencia, que son las constituyentes de la imbecilidad humana y causas principá-limas del hambre nacional.

A la 6.^a Si esa pregunta se hace con el malévolo fin de sacar candidato electo á Barroso, no cuenten con mi voto. Entre una indigestión de excelencia y la defunción por hambre, prefiero esto último, pues por algo soy español.

A la 7.^a ¡Falso! A los nietos se quiere por el noble orgullo de verse reproducido en dos generaciones, y porque la cuna y la tumba se atraen y se tocan como los radios de una misma circunferencia.

A la 8.^a Siendo el amor paternal el único desinteresado, ó no hay consuelo, porque no hay conveniencia, ó ese consuelo no es más que la razón escluvista del natural egoísmo, que no reflexiona el por qué.

A la 9.^a No, porque el instinto es irreflexivo, y la indiferencia y la ingratitud son tan filosóficamente reflexivas, que antes de producirse, no sólo han pasado por el tamiz del pensamiento, sino que han ultrajado al corazón y á la conciencia.

A la 10.^a Muy natural. Pero estimo que si lo viejo es bueno, debe conservarse como recuerdo venarable.

A la 11.^a No lo es, pero debiera serlo. La razón, al engendrar lo justo, es muchas veces enemiga de la Naturaleza.

A la 12.^a Nada es igual, y no hay inconsecuencia. Es ley del tiempo y de la evolución del pensamiento. Quisiera saber el Quijote de memoria; me inclino ante los clásicos, venero á Hugo, pero prefiero á Zola y á Balzac. Sólo en política no abjuro. Multiplicaría á los que viven de ella, partiéndoles por la mitad.

A la 13.^a ¡Uf...! tapa.—Entre Enero y Febrero... ninguno.—Fenezco de puro Mayo; es decir, de puro joven, como Nakens y Sánchez Pérez.

14.^a Eso de suponerle á uno capaz de imitar al personaje más tonto de la creación, me parece ofensivo.

El arrepentimiento es una falta de energía impropia del sexo fuerte, cuyas debilidades son imperdonables...., cuando no las justifica la necesidad de ser galante.

EL ALCALDE DE TOTANA.

* *

— ¿Cómo me llamo?— Como niño y corto decirlo en alta voz me da vergüenza, y acudo al alfabeto de los mudos, que juzgo el más discreto, por modestia.

— ¿Cuáles son mis juguetes favoritos? Desde que usaba el trompo y la raqueta gusté, provisto de papel y plama, jugar, con preferencia, á los poetas.

— ¿Tenéis canas y arrugas en política?— Mirad mi tez y la veréis aún tersa, y entre el cabello la escasez de plata como en la bolsa, es mi mejor defensa.

— ¿Qué cuál virtud es más inaguantable?— Es fácil contestaros: ¡la franqueza! todos la elogian, mas, cual la justicia, sólo la encuentran bien en casa ajena.

Si llevo á ser abuelo, cuando llegue sabré si el nieto al hijo me recuerda; hoy sólo sé que, cuando es uno padre, lo que debió á los suyos más aprecia.

Si mis hijos me toman por modelo, por contento será bien que me tenga; si á mí no se parecen, les suplico mis vengadores, sin desdoro, sean.

Ingratitud, despego á los que han sido, nunca el instinto de vivir engendra; la rama que del tronco se desprende, sin savia, sin raíz, pronto se seca.

Lo viejo, por ser viejo, no es estéril; la historia, por vivida, siempre enseña; quien lo viejo desprecia y da al olvido, á Adán sin paraíso se condena.

— ¿Lo natural es justo?— Serlo debe. Cuando lo natural expresión sea de nuestro doble sér, de cuerpo y alma, veréis que la antinomia entre ambos cesa.

A los treinta años, lo que piensa el hombre y lo que siente su carácter crean; los cambios posteriores son externos si cimentadas sus nociones eran.

— Cuándo quisiera joven haber sido?— Al ayer como al hoy manchas afean; mas la gloria del siglo diez y nueve, do nos cupo nacer, mi orgullo llena.

— ¿Qué si casto José fuí cuando mozo?— ¡Quién no lo fué una vez, una siquiera! La que esa vez tiró de nuestra capa ¿la devolvió si se quedó con ella?

LORENZO GONZÁLEZ AGEJAS.

* *

A la 1.^a He pedido á los Sres. Bailly-Bailliére una gramática y un diccionario bable. Cuando por ellos sepa cómo se escribe un nombre, tendré mucho gusto en contestar.

A la 2.^a Desde la Puerta del Sol á la ídem de mi casa ¿la distancia es corta, larga ó de tamaño natural? Tan luego contesten á esta pregunta, contestaré yo á la suya.

A la 3.^a Teniendo el carácter de prohibidos, cualquiera.

A la 4.^a No tengo canas, porque soy calvo; ni arrugas, porque siempre soy neófito. ¡He cambiado tantas veces de casaca!

A la 5.^a Mi suegra, que así se llama.

A la 6.^a Por humanidad, á la de más humanidad.

A la 7.^a No, señor: yo adoro á las nietas.... de mis novias, porque me rejuvenecen.

¹ Son dos las preguntas. Por eso las respuestas son dos, sin exceder cada una de cinco líneas.

A la 8.^a Esta pregunta no va conmigo, puesto que no tengo hijos, y sí sólo una hija.

A la 9.^a Dijera que sí, desde luego, si en vez de ley de conservación dijese de usurpación.

A la 10.^a Lo viejo, que no produce nada, ¿cómo produce alejamiento? Este efecto no es natural.

A la 11.^a No es justo todo lo natural. Ejemplo al canto: Uno recibe una bofetada, y siendo lo natural devolverla con creces.... si puede, lo justo es.... presentar la otra mejilla.

A la 12.^a Ya en la cuarta dejo dicho he cambiado mucho, pero todo ha sido obra de la evolución, no de la revolución.

A la 13.^a Ninguna de las dos; preferiría la venidera, ó sea desde 1903 hasta el 1950.

A la 14.^a No tuve ocasión de imitar tan mal modelo; pero al tenerla, ¡cualquier día pierdo yo la capa! ¡Hubieran creído todos que la había empuñado!

PERFECTO MINUTA.

A la 1.^a Me llamo esclavo por haberme traído a este mundo sin contar con mi asentimiento, y del cual hace tiempo me hubiera escapado á no estar tan vigilante el instituto de conservación, que es nuestro carcelero.

A la 2.^a La vida me parece muy larga si en el camino recorrido coloca mi memoria, como piedras miliarias, los hechos más salientes de ella, pues hay algunos que creo ocurridos en otro mundo; y muy corta y confusa, si la miro en conjunto.

A la 3.^a Los recuerdos de las locuras que hice, dije y pensé, mientras fui caballero andante en la primavera de mi vida, ó sea en la edad del pavo, única digna de ser vivida.

A la 4.^a Las tuve hasta que comprendí que los políticos, en vez de sacrificarse por las ideas, eran éstas las sacrificadas y explotadas por ellos. Entonces no quise servir más de escalera y eché las canas al aire, quedándome sin ninguna.

A la 5.^a La esperanza, porque es el tormento de Sísifo; cada desilusión que sufrimos es la piedra que rueda por la pendiente, y de nuevo volvemos á cargar con ella sin conseguir subirla á la montaña.

A la 9.^a Indiferencia é ingratitud, no, pero sí el olvido; porque los recuerdos embellecen la vida, pero sólo el olvido la hace posible.

A la 11.^a Las leyes sociales necesarias para la vida son justas y limitan el derecho natural.

«Si quelque fois la force prime le droit, plusieurs fois le droit prime la force.»

A la 12.^a Si los hechos abonan que espíritu y materia evolucionan, no es inconsecuencia variar de parecer con la experiencia.

A la 13.^a Prefiero la edad pasada á la presente por ser más inocente; y hay que tener en cuenta que los placeres la inocencia aumenta.

A la 14.^a Cuando cual José me vi, era en edad tan temprana, que aun estaba para mí sin sazonar la manzana, y ¡oh penal no la comí.

UN CHICO DE LA ESCUELA.

A la 1.^a ¿Yo....? Apenas me llamo Pepe.

A la 2.^a La media duración de la vida del hombre, paréceme muy suficiente; y aunque creo y espero no haber recorrido su último tercio, sin embargo, se me dibujan en distintas lejanías los juegos de mi niñez, y esto será tal vez porque soy uno de aquellos de quienes se dice que no tienen historia.

A la 3.^a Los niños: alegría de amanecer, belleza sin afeites, ingenuidad refrescante.... No, no son mis juguetes.... sería yo el suyo, si no me ladrara á mí mismo (como decía de sí el Dr. Letamendi en sus últimos días) y no me ladraran los perros al verme andar en una silla de ruedas. Hoy les admiro á distancia, porque me ofenderían su desvío y antipatía, pues les considero los más refinados estetas.

A la 4.^a La causa de mis canas y de mis arrugas es enteramente ajena á la política. Mi inocencia es en este punto tan completa, que todavía ignoro si figura mi nombre en las listas electorales. Tengo perfecto derecho á formar ó ser clasificado en la clase de neutros.

A la 5.^a Para guardar la máxima estoica del *abstine et sustine*, nada se me hace más difícil que disimular la franqueza de mi boca y de mis ojos. Ni es posible tener discreta la lengua, ni hago esfuerzos para cortar la disipación de la mirada, como la llaman los moralistas.

A la 6.^a Apelaría al último recurso de los maestros de escuela españoles: me comería á los niños.

A la 11.^a Si la voz natural se toma en el mismo sentido que la de derecho natural, no es posible el conflicto con los dictados de la justicia; en cualquier otro sentido, hay que considerar que la naturaleza ha sido desnaturalizada por la primera culpa y por la degeneración y desgaste, inherentes á todo lo que es limitado y finito. La justicia, en cambio, es absoluta y no está sujeta á desnaturalización, degeneración ni desgaste.

A la 12.^a Han pretendido algunos que Cousin fué la Locusta de la juventud. Yo he bebido en esa copa el eclecticismo, el doctrinarismo y el racionalismo; y sin que haya guardado los puercos entre los hegelianos, como Heine, vuelvo como el hijo pródigo á la doctrina de Santo Tomás, según consejo del venerable León XIII. En literatura fui incondicionalmente del romanticismo; no han existido para mí ni el realismo ni el naturalismo. Ahora prefiero á los poetas y novelistas que revelan cultura, como Valera y Balart. En política soy todavía doctrinario con ribetes de positivismo moderado. No se cae en inconsecuencia cuando se anda acompañado de la lógica de la historia, que no es precisamente la de las escuelas.

MISENO.

Primero.—Decid, niño, ¿cómo os llamáis?

Contestación.—Sol y querubín me llama mi madre.

Segundo.—¿Os ha parecido la vida larga, corta ó de tamaño natural?

Contestación.—Esta pregunta, hecha á un niño en el limbo de la vida, no se le ocurre ni al que asó la manteca.

Tercero.—¿Cuáles son vuestros juguetes predilectos?

Contestación.—Como juguetes, la gente vieja.

Quinto.—¿Qué virtud os parece más inaguantable?

Contestación.—La castidad de una mujer para un hombre lascivo.

Sexto.—Si se acabaran los alimentos en el mundo, ¿á qué persona notable os comeríais?

Contestación.—Al Embajador de España en Francia asado en las patillas del General Weyler.

Séptimo.—¿Es cierto que se quiere tanto á los nietos, no porque lo sean, sino porque recuerdan á los hijos cuando eran pequeños?

Contestación.—Los nietos son nuestra última reproducción en la máquina fotográfica de la vida, y son como coto vedado para que otro siembre y cultive el fruto.

Décimo.—Lo viejo, que no produce en ningún sentido, ¿es natural que sea abandonado por los jóvenes?

Contestación.—Salvo algunas excepciones. El vino añejo es aceptado por todos y las peluconas de Carlos III.

Undécimo.—¿Todo lo que es natural es justo?

Contestación.—Lo natural es siempre justo, porque responde á las leyes inmutables de la naturaleza; y de nada sirve que los viejos remocemos nuestra partida de bautismo, mientras que la edad está en la boca y la pata de gallo delata nuestros años.

Duodécimo.—¿Tiene usted las mismas aficiones filosóficas, los mismos ideales políticos y los mismos gustos literarios y artísticos que hace treinta años? Si hay cambio en ellos, ¿resulta el cambio una inconsecuencia?

Contestación.—A esta pregunta no puedo contestar por el momento. En el ínterin, y hasta ver en qué pararán estas misas, me he propuesto estar sordo á palabras necias.

Décimotercio.—¿Qué época hublerá usted preferido para su juventud, ¿la pasada, ó la presente?

Contestación.—La presente en brazos de la fortuna, y lo pasado pasado.

Décimocuarto.—¿Imitó usted alguna vez en sus mocedades al casto José? En uno ú otro caso, ¿está usted arrepentido?

Contestación.—Cuando soltero lo he sido en aquel fruto que apetecía y no estaba al alcance de mi mano, y me he conformado con aquello de que «las berzas que no has de comer déjalas cocer».

BERNARDO OBREGÓN.

SR. D. JUAN VALERO DE TORNOS.

Valencia 7 de Enero de 1903.

Me llamo Valero Juan, y por mi fe de bautismo, soy hombre de edad madura, pero yo me juzgo un niño. Mis juguetes predilectos las muñecas siempre han sido; no tengo canas, pues nunca tomé en serio lo político. Si virtuoso fué Platón, yo su virtud no me explico; y en sentido figurado yo me comiera á la.... ¡chito! A los nietos se les quiere, es decir, me lo imagino, porque á vengarle del mundo piensa el abuelo han venido. A sus padres mal ¡muy mal! suelen pagarles los hijos, y esto confirma, lectores, lo que acabo de decir. Para mí, la ingratitud será siempre un feo vicio; vivan todos los que Dios que vivieran juntos quiso. Si lo viejo no produce, de lo joven el desvío resulta injustificado; y si éste es estéril.... ¡digo! A todos gusta la fruta del cercado del vecino, y aunque el hecho es natural, hallo muy justo el castigo. He variado de aficiones como varié de partidos, y sostengo que en lo humano la consecuencia es un mito. Con el vigor que tenía, época, la en que vivimos, ó bien la pasada con la experiencia que he adquirido. Digo por último que algo tuve de Pepito; ved por qué á la otra pregunta respondí lo que habéis visto. Queda, Jurado, con Dios y conste que á Él le pido te otorgue paciencia para juzgar tanto desatino.

VALERO JUAN.

Á la 1.^a Decid, niño, ¿cómo os llamáis? En mis buenos tiempos me llamé Nicolás de Castro y Achard. Al presente apenas me llamo Colás.

A la 2.^a ¿Os ha parecido la vida larga, corta ó de tamaño natural?

Larga, muy larga, para el dolor; corta, muy corta, para el placer.

A la 3.^a ¿Cuáles son vuestros juguetes predilectos? Los libros, los periódicos, mis gatos, mis pájaros y mis flores.

A la 4.^a ¿Tenéis arrugas y canas en política? La política hizo más que arrugarme la piel: me la ha curtido y me hizo echar canas verdes.

A la 5.^a ¿Qué virtud os parece más inaguantable? La castidad obligatoria.

A la 6.^a Si se acabaran los alimentos del mundo ¿qué hombre notable os comeríais?

Á Chamberlain; por el placer de.... expelerlo.

A la 7.^a ¿Es cierto que se quiere tanto á los nietos, no porque lo sean, sino porque recuerdan á los hijos cuando eran pequeños?

No tengo nietos y no puedo responder.

A la 8.^a La indiferencia y la ingratitud á los que fueron, ¿es ley del instinto de conservación?

No lo sé; pero aseguro que la indiferencia y la ingratitud á los que fueron es la moneda corriente con que pagan unas generaciones á otras.

A la 9.^a Lo viejo que no produce en ningún sentido ¿es natural que sea abandonado por los jóvenes?

Todo lo viejo supone experiencias ó recuerdos del pasado. Los jóvenes no deben abandonarlo, sino conservarlo hasta que el tiempo lo destruya.

A la 10.^a Todo lo que es natural ¿es justo?

Sí, porque obedeciendo la naturaleza á la voluntad de Dios, debemos creer que tales hechos naturales emanan de la divina Justicia.

A la 11.^a ¿Tiene usted las mismas aficiones filosóficas, los mismos ideales políticos y los mismos gustos literarios y artísticos que hace treinta años?

Como filósofo he sido y soy ortodoxo; como político, escéptico; como literato, romántico; como artista me agrada todo lo bello, pero me satisface más el naturalismo que la ficción.

A la 12.^a Si hay cambio en ellas; ¿resulta el cambio una inconveniencia?

Lo poco que he cambiado en política ha sido hijo de la experiencia y no me parece inconveniente.

A la 13.^a ¿Qué época hubiera usted preferido para su juventud, la pasada ó la presente?

La presente, porque no estoy reñido con el progreso y encuentro en ella más elementos para aprender, para viajar y para gozar.

A la 14.^a ¿Imitó usted alguna vez en sus mocedades al casto José?

Jamás intenté tal cosa, y si ahora le imito frecuentemente bien sabe Dios que no es por voluntad.

A la 15.^a En uno ú otro sentido, ¿se arrepiente usted?

Cá; no, señor; lejos de arrepentirme, lo único que siento es no hallarme en aptitud de volver á empezar. El amor es la vida.

NICOLÁS DE CASTRO.

Madrid 31 Diciembre 1902.

* * *

RESPUESTAS

A la 1.^a Octavio José Conte Baden Dubois y Echevarría, hijo de una hermana de su tía.

A la 2.^a Larga me parece la vida; tanto, que he rechazado constantemente la idea de vivir un año más de los que cuento desde mi orfandad paterna en 10 de Agosto de 1844.

A la 3.^a El trabajo intelectual, el estudio de la sociedad y el del hogar doméstico.

A la 4.^a Como consecuencia de mis juegos, tengo algunas canas en el poco cabello que me queda y algunas arrugas en el rostro, hijas del trabajo y mi odio á la política.

A la 5.^a No hay virtud que sea inaguantable, según mi criterio; de serlo alguna, la que menos pueda ejercitarse.

A la 6.^a Moriría con mucha satisfacción de hambre antes de comerme á quien con sus hechos y dichos, y aun escritos, me hubiera enseñado parte de lo que supiera.

A la 7.^a No creo cierto el cariño á los nietos porque recuerden á los hijos cuando eran pequeños; creo se aman porque vemos en ellos reproducidas nuestras primeras ilusiones.

A la 8.^a Evidente es, en virtud de mi anterior creencia, que no recibo, ni espero recibir consuelo alguno de mis hijos, si bien nunca lo he esperado.

A la 9.^a La indiferencia y la ingratitud á los que fueron son hijas de la educación recibida, y según ésta son sus efectos.

A la 10.^a Es natural que en lo viejo humano se cumpla el adagio que dice: «Del árbol caído todos hacen leña».

A la 11.^a No todo lo natural es justo. Las plantas y flores son naturales, y no saben ni enseñar ni aprender.

A la 12.^a Desde que tengo mi razón en uso he pensado como hoy. Si hubiera variado, no sería tan constante como soy en todos mis pensamientos y costumbres.

A la 13.^a La época pasada de mi juventud fué tan desgraciada, que no pudiendo serlo más la actual, prefiero ésta.

A la 14.^a Sí imité á José los cinco primeros años de mi primer amor, y jamás me arrepentiré, pues tengo por norma, y tuve, abstenerme en caso de duda.

OCTAVIO J. CONTE.

Poesías inéditas de D. Severo Catalina.

La generación actual conoce poco de este atildado, cultísimo y profundo escritor, que fué periodista insigne, orador correcto, tiernísimo poeta, prosista incomparable y cuyo genio de adaptación era verdaderamente prodigioso, como podrán apreciar los lectores de GENTE VIEJA por las imitaciones de Tirso de Molina y de Zorrilla que publicamos en este número.

Severo Catalina, que era además docto Catedrático de la Facultad de Filosofía y Letras, pertenecía á aquella generación de escritores que con Ventura de la Vega, Alarcón y otros eximios se reunían en casa del marqués de Molins para hacer aquel periódico literario que se llamaba *El Belén* y cuyos pocos números publicados son modelo de buen decir.

Era otra época, los escritores estaban tan atrasados, que entendían que para comunicar sus impresiones al público precisaba haber estudiado literatura griega, latina y castellana, leer mucho y preparar y pulir los trabajos. Los genios silvestres, dentro del campo de la literatura, que sin laboreo previo asombran por generación espontánea, y para ser originales no han estudiado nada, no se conocían.

Estos fenómenos intelectuales que todo lo saben por intuición, son como el triciclo, el automóvil y el *sport* extravagante, exclusivo producto de los tiempos modernos y del brillante decadentismo que cada día resulta más curioso.

* * *

IMITACIÓN DE TIRSO DE MOLINA

DÉCIMA

Creó Dios á la mujer
en sus designios profundos
mucho después que los mundos
brotaran de su poder;
mas creóla sin querer,
según un sabio interpreta,

sólo por dejar perfeta
la altura de su artificio;
que siempre en un edificio
lo postrero es la veleta.

* * *

IMITACIÓN DE ZORRILLA

DE UNA SERENATA

Sal mi vida á la ventana
y así alargarás la noche,
de los amantes hermana:
sal, que ante la lumbre pura
de tu frente soberana,
detiene el rosado coche
la aurora de la mañana.
Sal por favor,
sal y no quieras tirana
con tu rigor,
que la luz de la mañana
halle al pobre trovador
muerto al pie de tu ventana.

SEVERO CATALINA

TARDES MADRILEÑAS

El Ateneo.

Sobre mi excelente amigo Bermúdez pesa una carga abrumadora; sus ambiciones políticas le obligan á cultivar con esmero el distrito por donde aspira á venir diputado, y convertido en mandatario de sus electores futuros rueda por los ministerios y covachuelas gestionando el pronto despacho de expedientes antiguos, solicitando empleos y acomodos é interponiendo su influencia en demanda de indulto para sus amigos y paniaguados que infringen las leyes. Si viene á la Corte algún poderoso elector de la comarca, Bermúdez se desvive obsequiándole según sus gustos y aficiones, y á uno lleva á los toros, á otro á la ópera y á todos á la Historia Natural y Casa de fieras.

Pocos días antes del último Carnaval llegó á Madrid uno de los caciquillos más influyentes del distrito, hombre de cierta ilustración, que ha leído á Julio Verne, suscriptor de *La España Moderna*, y que venía deseoso de saber si, efectivamente, las fiestas de Carnestolendas habían perdido su carácter chocarrero y brutal para convertirse en una artística fiesta, según anunciaban los periódicos. Bermúdez creyó de su deber introducir á su amigo en un ambiente de cultura proporcionado; y huyendo como del diablo de casinos y tertulias vanas, una tarde, después de almorzar, tomaron el camino del Ateneo.

—Aquí encontrará usted, amigo D. Pablo — decía Bermúdez al entrar en la docta casa, — además de un excelente café y confortables salones, grata compañía, amena é instructiva conversación, novedad en las ideas, tolerancia para las opiniones ajenas, y en los grandes torneos del salón de sesiones, un plantel de maestros de la oratoria, cualidades todas que conquistan para esta Sociedad gloriosa el cariño y el entusiasmo de sus miembros.

Mientras servían el café quiso Bermúdez mostrar á su amigo algunas dependencias de la casa, y subiendo al piso alto, introdujole en una vasta pieza, escasa de luz, cubiertos los muros en toda su altura por tres cuerpos de estantería abarrotados de libros; inclinados sobre los pupitres treinta ó cuarenta señores de variadísimo aspecto leían ó tomaban notas; algunos dialogaban con el vecino; unos hombres misteriosos, envueltos en amplias blusas, bajaban de las alturas enormes cargas de libros que distribuían entre los concurrentes. Una gran estufa mantenía el ambiente á elevada temperatura; el humo de los cigarros elevábase contribuyendo á hacer el aire irrespirable, y un silencio prolongado, interrumpido á veces por el tintineo de las llaves que abrían y cerraban armarios, y por el rasguear de las plumas, invitaba á la meditación y al estudio; todos

aquellos cerebros se hallaban en febril actividad. Bermúdez, en voz baja, habló así:

—Esta es la biblioteca, oficina de intoxicación mental y física, donde, quien no se aturde con la filosofía, se marea con el cok. Todo es uno y lo mismo, que dijo el filósofo.

Pasaron a una sala inmediata, donde, sobre largas mesas, aparecía una multitud de periódicos de todos tamaños, procedencia y colores políticos; por unas altas ventanas, como de cárcel, entraba el sol.

—Aquel caballero que usted ve sentado junto a la esquina de la mesa, con tres sillas en torno suyo y un montón de papeles en cada una, es el más furibundo lector de periódicos que se ha conocido. A diario embadurna su inteligencia, algo desgastada y marchita por los años, con la tizne de todas las prensas de España y del extranjero; no se contenta con meditar los artículos, contrastar ideas y comparar los programas de este ó aquel partido: alguien le ha sorprendido cotejando dos ejemplares de la *Gaceta* del mismo día....

Bajaron a los salones del primer pimer piso y reposadamente saborearon el café. Sorprendido el forastero por las voces destempladas que venían de su izquierda interrogó, a su acompañante, que satisfizo de este modo su curiosidad:

—Ese saloncito es, amigo mío, la famosa é inmortal *Cacharrería*, verdadero centro vital del Ateneo, punto de reunión de lo más selecto de esta casa, fragua encendida donde se forjan rayos que admiran y anonadan a los no iniciados. Ahí el ingenio se desborda, la ciencia despliega su vuelo de águila sin ostentación pedantesca; se miente por pasar el rato; se murmura sin mordacidad; se hace política sin trascendencia, y, finalmente, se arregla el mundo y se da un orden al universo entre dos sorbos de café y dos chupadas al cigarro, constituyendo uno de los rincones más curiosos y característicos de este Madrid tan digno de ser estudiado.

Algunos señores de edad y cuatro ó cinco muchachos jóvenes, desparramados por los divanes de la cacharrería, sostenían una discusión muy viva; interrupciones bruscas, apóstrofes violentos, salidas de tono, carcajadas y muestras de aprobación, de todo había, y todo al mismo tiempo.

—¿Ve usted ese señor — decía Bermúdez — tumbado en un sillón próximo a la entrada, que no suelta el pitillo ni un momento y a quien todos oyen con atención y respeto? Pues es el insigne Echegaray, que pasa aquí muchas horas del día.... y no debe pasarlo mal cuando no falta. Usted habrá oído hablar del talento de Don José, de sus cualidades extraordinarias de escritor, y hasta habrá usted tenido ocasión de aplaudirlo en el teatro ¿verdad? Bueno; pues todo eso es un grano de anís comparado con otras cualidades que aquí luce Echegaray a cada instante; inmenso es su talento.... pero su bondad, amigo mío, es *un mar sin orillas*, créame usted a mí, que le veo y le oigo a diario.

Uno de los concurrentes jóvenes, de aventajada estatura, melena abundante y cuidada, espléndido cuello planchado, escasísima corbata y un manojo de violetas en el ojal, saltó desde su asiento al centro de la pieza, y en un intervalo de silencio:

—¡Parece mentira, D. José — exclamó encarándose con el veterano autor, — que un hombre como usted sostenga esas cosas! — Y volviéndose a los demás, continuó: — ¡Señores! ¿ustedes creen que existe el amor de madre?

Un estrépito tan formidable acogió estas palabras que ya no fué posible entenderse ni seguir la discusión; el caciquillo dirigió sus curiosas miradas hacia otros puntos solicitando a cada instante los informes de su guía, y que éste se apresuraba a dar con mucha complacencia.

—Aquel señor que parece medio dormido, solitario en un rincón, es, según parece, un hombre extraordinario; pretende haber aniquilado a Galileo, porque, según ha podido comprobar, la tierra no se mueve! ¿usted qué se figuraba?

Poco tiempo hace nos dió una conferencia, en la que expuso los resultados de sus observaciones y esbozó un sistema del universo hasta ahora desconocido, explicando cómo la tierra está unida al firmamento por

lazos.... cuya índole no comprendí bien, y que espero acabar de entender en lecciones sucesivas....

—¡Pero, amigo Bermúdez, esto es una casa de locos....!

—De ningún modo, querido; esa sospecha, hoy por hoy, no tiene fundamento. Hace algún tiempo sí había motivos para alarmarse, porque un famoso alienista, el doctor S..., se entretenía en recomendar a sus clientes que se hicieran ateneístas; no necesito decirle a usted que hubo aquí escenas extraordinarias; pero descubrieron la broma, y a poco más linchan al médico.

Largo rato permanecieron ambos amigos reunidos en silenciosa contemplación, dominados por la apacible severidad del lugar que la melancólica luz de la tarde apenas esclarecía; el susurro de los diálogos sostenidos a media voz contrastaba con el barullo de la cacharrería nuevamente en ebullición. Hablaban de política internacional, y parecía que dos señores iban a venir a las manos, defendiendo el uno la alianza con Inglaterra, patrocinando el otro una inteligencia con Francia.

El amigo de Bermúdez rompió el silencio.

—Estoy cansado — dijo. — Esa grillera me aburre; no sé cómo puede usted soportarla a diario.

—Cuestión de gustos; a mí me entretiene, otros observan y no faltará quien venga a aprender. Y vea usted qué rareza: los que huyen de esa reunión y la ridiculizan, no dirán tanto de ella como uno de sus más asiduos ha condensado en una sola frase; atribuyénla a Echegaray, y si no es suya merece serlo....

—A ver, ¿cuál es la frase?

—Dicen que D. José dijo, en un momento de expansión y abandono, que las cosas que en la cacharrería se dicen bastan para condenar las tres generaciones futuras.... Es admirable, ¿verdad?

Se levantaron dirigiéndose al pasillo, cruzando frente a un grupo de muchachos de extravagante aspecto.

—Esos que ahí estaban — apuntó Bermúdez — son unos chicos modernistas que juegan a la poesía y a la genialidad.... ¡Más buenos son todos que un pedazo de pan!

Sonaban los timbres llamando a cátedra, los maestros de la escuela de estudios superiores que estaban de turno acudían a sus puestos, y el público se dividía yendo a oír hablar de arte, de matemáticas ó de sociología, según sus aficiones. Bermúdez, cogiendo del brazo a su amigo, le condujo a la cátedra pequeña, ya ocupada por muchos socios, y, señalando a uno de los que entraban, dijo de este modo:

—Ese caballero que ahora llega es un estupendo antropólogo y criminalista, cuya explicación vamos a oír. A usted, que es hombre culto, no necesito ponderarle la trascendencia de estos estudios, tan nuevos como interesantes, y que en nuestra patria cuentan con pocos cultivadores.

El que ahora tenemos delante es sin duda uno de los más notables de Europa; verdadero transformador del derecho y de la ciencia penal.... Para que usted se forme idea de su mérito le contaré el caso siguiente, ocurrido hace muy pocos días: Figúrese que a cierto campesino le acusaban de un horrendo crimen, cometido en circunstancias misteriosas; todas las apariencias le condenaban, y aunque él protestaba de su inocencia, no pudo probarla, y el juez, convencido de su culpabilidad, le procesó, encarcelándole. Pues bien: este profesor le reconoció detenidamente, y declaró que un análisis concienzudo de la orina del acusado le permitía asegurar que era inocente; que jamás había cometido semejante crimen ni podía cometerlo.... Esto produjo un gran revuelo, y cuando andaban en contestaciones, la Guardia civil detuvo al verdadero autor del crimen, que era un sacristán paisano del labrador.

Desde entonces la fama otorga sus favores al eminente hombre a quien vamos a oír....

La explicación había comenzado de esta suerte:

«Estudiamos ya en la lección pasada los caracteres somáticos del tipo mensajero, con sus variedades de tipo accionario y tipo personario, analizando sus caracterizaciones psíquicas y epiteliales con la detención que el asunto merece. Dijimos que hubo un momento en que se cumplió la revolución más profunda en el sistema de vida del hombre primitivo cuando a la mano

le salió un diente: el *diente manual*. El hacha de piedra señala la transición del primero al segundo período de aquellos tres en que dividimos todo el proceso evolutivo de la raza humana, según que el hombre está sobre la base, busca la base ó crea su base arquitecturalmente fisiológica; y apoyándonos sobre estas ideas, distinguíamos en el desenvolvimiento industrial tres fases correspondientes a otras tantas formas de la misma industria, a saber: incisiva, canina y molar. Advertimos también la profunda lógica que encierra la denominación del tipo mensajero, etimológicamente considerada: *mens agere*, obrar entre mentes....

»El empleo del diente manual, del hacha de piedra y con ella sucesivamente de todas las demás armas, que podemos clasificar de contundentes, percutentes y proyectantes — no siendo la proyección más que una percusión anticipada, como ocurre con el arco y la flecha — precede, señores, a las revelaciones de nuevas especies alimenticias, v. gr., la del trigo en el delta del Nilo y en la cuenca del Eufrates, que revolucionan y cambian la base nutritiva de la humanidad, y que después ésta, por un acto reflejo de su pensamiento, coloca fuera y por encima de sí, atribuyéndolas a seres superiores, a Dios.

»El hombre primitivo, obligado a devorar alimentos groseros y sin condimento alguno y a recorrer enormes distancias sin encontrar con qué saciar su hambre, hallábase dotado de grandes mandíbulas que le permitiesen triturar las carnes crudas, y de un vientre muy voluminoso en que almacenaba el sustento para días enteros....»

Sigue el disertante hablando de la vida y caracteres del hombre cuaternario con la misma facilidad y confianza que si hablase de su peluquero; el candoroso Don Pablo, cacique máximo, sigue atentamente el río de palabras haciendo esfuerzos extraordinarios por asimilarse alguno de los deslumbrantes conceptos del profesor, y en esta tarea le contempla Bermúdez gozoso de su admiración. Por desdicha, el sabio antropólogo, en un inciso, se permitió extenderse en apreciaciones poco lisonjeras para los habitantes de una provincia castellana, precisamente la del cacique que le escuchaba, y oyéndose comparar éste con los hombres de épocas bárbaras, cambió de color, la ira se apoderó de él é interrumpiera la clase con algún incidente lamentable si Bermúdez no se hubiese apresurado a sacarle de allí, tranquilizándole con mucho trabajo y después de largas reflexiones.

De todos modos, D. Pablo no quiso permanecer más tiempo en una casa donde a mansalva ofendían a sus paisanos, y resueltamente se dirigió a la portería; mientras recogían los abrigos pudo observar que un grupe de sirvientes del Ateneo rodeaban a un señor, ya viejo, escuchando atentamente la lectura de un periódico; de vez en cuando el lector interrumpía su tarea y comentaba a su modo el escrito aquel entre murmullos de aprobación de sus oyentes; tratábase de un discurso pronunciado por un docto catedrático, en que se exponían el «origen, desenvolvimiento, filiación filosófica y porvenir político de las ideas socialistas».

Bermúdez y el cacique bajaron lentamente la gran escalera; al pie, y junto a la puerta, Cervantes, en actitud de dictar una página irónica, los despedía; al salir a la calle, D. Pablo hubo de confesar a su amigo que, efectivamente, el Ateneo, según frase de uno de sus miembros, es la «holanda intelectual», de España y todas las demás instituciones del mismo género burdos tejidos de arpillera que no pueden compararsele.

SALVADOR RODRIGO.

TARJETAS POSTALES ULTRAMARINAS

Estropeando un dibujo.

En torno de esta viñeta, que es tan grande como linda, chico espacio el pintor brinda a mis ripios de poeta;

mas yo no me luzco *aparte*
sino encima; y así copio
modernismos de amor propio
que destruyen obras de arte.

À Dulce M. R. (En la Habana.)

¡Dulce, más que la frambuesa
de que un goloso no se harta!
¿quién niega algo á una francesa
que *atenta mi mano besa*
como promete en su carta?
Si *mi Servidora es*
Segura y Besa mi mano,
y acepta un *Besa Los Piés,*
saldrá en el primer exprés
para esa, Leopoldo Cano.

À unà cubànita.

La envió un dulce cantar;
échele azúcar de caña
porque se puede mojar,
y hay entre Cuba y España
mucho amargura..... en el mar.

¡À otra cubànita!

¿Se llama usted Margot? Yo creo que antes
decía: Margarita un tal Cervantes.

¡À otra cubànita!!

Quisiera tener mil reales
para comprar dos pistolas,
y hallar de noche y á solas
al que inventó las postales.

¡¡À otra cubànita!!!

Aunque usa las postales con bandera,
que no es lo que en mi Patria se venera,
pide usted en español; y como á hermana
la saluda mi musa castellana.

¡¡¡À otra cubànita!!!!

(La viñeta era un poco ligera de ropa.)

Si le hubiera tentado este demonio,
no estaría en el Cielo San Antonio.

¡¡¡¡À otra cubànita (muy guapa)

Niña: mandar desde aquí
poesías para tí
es ofrecer luz al día.
Eres tú la Poésía
¡y me la pides á mí!

¿À otra cubànita.....!

¿No le parece á usted, cucuyo mío,
que es tanto amor á España algo tardío?

(¿Continuarán.....?)

LEOPOLDO CANO

UNA ASCENSION AL PICO DE SANTA ISABEL EN LA ISLA DE FERNANDO PÓO

II

Me adelanté y pregunté al rey por qué aquel aparato
de guerra cuando sabía que éramos amigos.

Me dijo el rey que su tribu estaba alarmada por ver
el gran número de extranjeros en sus dominios.

—Nuestro objeto—le dije—no es de guerra, no es
Vill Palavez, es hacer una ascensión á lo más encumbrado
de la montaña, y de ninguna manera llevamos intención
de causarte la más pequeña vejación.

Mis palabras y algunos tragos de rom de las cantimploras
que todos llevábamos colgadas, le tranquilizaron, pero
no por eso dejaron las armas de la mano.

—Muchos trabajos vais á pasar, pues el camino es

muy penoso y ya no encontraréis más pueblos. Y os
faltarán cosas de comer.

—No pases cuidado por nosotros—le contesté;—lle-
vamos víveres y todo lo necesario para ocho días.

—Pero no lleváis agua—nos dijo el rey,—y hace
mucho calor.

Esta insistencia sobre el agua de los reyes de Bana-
paá y Bassilé hizo que acordáramos no formar nuestros
campamentos sino en sitio donde pudiéramos encontrar
agua en suficiente abundancia para surtir las necesi-
dades de la expedición.

Seguimos la marcha subiendo siempre en dirección
al Sur y pasando interminables bosques de caobos y
cedros, llegando á las diez y media á una pequeña ex-
planada, orilla de un riachuelo de agua cristalina y
fresca, donde dispusimos nuestro frugal almuerzo.

Precisamente en el sitio donde hicimos alto mandó
construir dos meses después el general Gándara un
gran barracón, donde estuvieron alojados los presidia-
rios que el Gobierno mandó á la Isla procedentes de la
sublevación republicana de Loja é Hinajar, cuya mayor
parte pereció á causa de las calenturas del país y fiebre
amarilla, antes que les llegara el indulto.

Emprendimos después la marcha, habiéndose visto
los krumanes, que á la cabeza marchaban de explora-
dores con el capitán Corsini, abrir en algunos parajes
camino, con sus machetes; tan compacto é impenetrable
estaba el bosque. El calor era insoportable; creíamos
ahogarnos, y el camino tortuoso y resbaladizo. A la una,
una tronada espantosa, acompañada de fuertísima lluvia,
puso el camino intransitable y nos caló hasta los huesos.
Los impermeables de que íbamos provistos no nos ser-
vían de nada. Continuamente resbalábamos y caíamos.
Por fin, á las cuatro de la tarde, agobiados y rendidos,
llegamos á una pequeña explanada, donde nos pusimos
á hacer nuestro campamento. Con gran dificultad ar-
mamos tres grandes chozas compuestas de palos y encer-
rados de parque. En una se colocaron las provisiones
y equipajes, en la otra las camas de los expedicionarios,
y al lado plantamos Noeli y yo nuestra tienda. Los
krumanes habían formado la suya también de encerados
de parque. Nuestros trajes estaban calados, y sólo pen-
samos en secarlos; dentro de la tienda mayor, y des-
pués de mil dificultades, se pudo, por fin, encender
lumbre. Ya íbamos á sentarnos alrededor de la hoguera,
cuando noté que faltaba uno de nuestros compañeros.

—¿Dónde está Estrada?—preguntó el comandante
Noeli.

—Debe estar fuera de la tienda,—dijo el teniente
Rodríguez.

—Pues yo no le he visto llegar aquí,—añadió el ca-
pitán Corsini.

Se le buscó por todas partes, se preguntó á los kru-
manes, pero nadie sabía de él. Aquel momento fué para
todos nosotros momento de ansiedad y disgusto. ¿Se
había perdido? ¿Le había sucedido alguna desgracia?
Esta era la pregunta que mutuamente nos hacíamos
todos.

Por fin, el teniente Rodríguez, á pesar de su cansan-
cio, salió con seis krumanes á recorrer el camino que
habíamos andado. La lluvia no había cesado ni un mo-
mento siquiera. Dos horas después oímos el cuerno de
caza de Rodríguez que nos anunciaba su regreso; le
contestamos con los nuestros, pues cada uno, además
de nuestras armas, íbamos provistos de un cuerno de
caza y de un frasco de rom ó brandí. Al poco tiempo
vimos entrar en el campamento al teniente Estrada en
hombros de cuatro krumanes, tendido sobre un coí.
Todos le rodeamos, y después de darle á beber agua y
brandí y sentarle al lado de la hoguera, le preguntamos
qué le había sucedido.

—Agobiado por el cansancio y la lluvia—nos dijo,—
me sentí de pronto acometido por un vértigo ó vahído,
y sin fuerzas para continuar, me senté, mejor dicho,
me dejé caer bajo un inmenso cedro. Los vahídos me
acometían sin cesar, mi vista se desvanecía, quise gritar
y no pude; las fuerzas me faltaron y quedé como
aletargado; cuánto tiempo ha durado mi letargo, no lo
puedo decir; he vuelto en mí y me he encontrado al
lado de mi amigo y compañero el teniente Rodríguez.

—Le he encontrado—dijo Rodríguez— completa-
mente desmayado como á una media legua de aquí, y

gracias á los ladridos del perrito que siempre le acom-
paña, he podido descubrirlo tendido bajo un cedro.
Unas gotas de brandí y unas fricciones le han hecho
volver en sí, y colocado en el coí lo he traído hasta
aquí.

—¿Cómo no llamó usted en su auxilio?—dijo Noeli.

—Desde el momento que me ví acometido del vahído
y que caí al suelo, me ví privado de la vista y de la voz;
así es que me fué imposible llamar en mi socorro.

El calor de la hoguera y una buena comida le reani-
mó por completo y le puso en disposición de poder
seguir la marcha con nosotros al día siguiente.

La noche fué tranquila y dormimos bastante bien, á
pesar del cansancio. A las cinco de la mañana estaban
plegadas las tiendas, y emprendimos nuestra marcha
pasando por sitios deliciosos y bajando y subiendo pe-
queños montes, pudiendo muy bien decir que nuestra
planta era la primera que hollaba aquellos bosques vír-
genes. Los krumanes que abrían la marcha tenían cui-
dado de ir haciendo señales en los árboles que pudieran
servirnos de guías para nuestra vuelta, y al mismo tiempo
de señales para el Capitán Tejero, que debía reunirse
á nosotros aquel día. Llegamos por fin sobre las cuatro
de la tarde á un magnífico bosque de cedros y de he-
lechos arbóreos, donde plantamos nuestras tiendas. El
Getina, Capitán de los krumanes, nos vino á avisar que
el agua que se encontraba más próxima apenas era po-
table. El Comandante Noeli y Mr. Willson se brin-
daron á buscar en los alrededores agua potable, y
acompañados de ocho krumanes con barricas, salieron,
regresando al cabo de poco tiempo con la agradable
noticia de haber encontrado, á un cuarto de legua del
campamento, un magnífico riachuelo de agua cristalina
y pura. Mientras tanto, el Teniente Estrada, completa-
mente repuesto, Rodríguez y yo, cogimos las escopetas
y fuimos á ver si cazábamos algo. Tres palomas azules
y una cutía fué el producto de nuestra cacería. Yo tiré
á una ardilla de grandes dimensiones que trepaba por
una palmera; pero cuál no sería mi asombro al ver des-
prenderse la ardilla del árbol después de haberla tirado,
y venir revoloteando sobre mi cabeza. Era una pola-
luca, ardilla voladora, especie muy común en la costa
de Africa, pero que yo por primera vez veía. El perro
de Estrada se apoderó de ella y la trajo á mis pies. Su
forma es como la de la ardilla común, sólo que á las
patas delanteras vienen unidas unas membranas en for-
ma de alas parecidas á las del murciélago. Su piel es
más oscura que la de la ardilla de Europa y más fina
y sedosa. Su carne blanca y exquisita, sobre todo con
arroz. Los krumanes, por su parte, no habían perdido
su tiempo tampoco; habían matado á machetazos una
gran culebra y cuatro puerco-espines, cuya carne les
gusta con pasión. La culebra dividida en trozos y los
puerco-espines, formaron el regalo de su rancho.

A las ocho nos acostamos pensando pasar una noche
pacífica y descansar de nuestras fatigas, pero no fué así.
Haría cosa de una hora que nos habíamos acostado,
cuando casi á un mismo tiempo nos vimos acometidos
todos de un picor insoportable. Encendimos luces y
vimos nuestra tienda invadida por un paso de hormigas
rojas. Saltamos de nuestros cois y vimos que las demás
tiendas habían sido invadidas. Los krumanes también,
por su parte, se habían tenido que salir de su choza. En
los primeros momentos todo fué confusión, hasta que
el Getina de los krumanes encendió una gran hoguera,
y limpiando un pequeño espacio del suelo con los ma-
chetes, nos refugiamos en este sitio rodeados de una
barrera de fuego, y trasladamos con rapidez nuestras
provisiones. El paso de las hormigas en Africa es cosa
que parece fabulosa, y, sin embargo, no lo es; millones
de millones de hormigas rojas ó bravas, como se las
llama, tienen su paso periódico de un punto á otro de
la isla: todo lo invaden, todo lo acometen, todo lo des-
truyen. Cuatro horas son suficientes para destruir com-
pletamente una res muerta y dejar perfectamente pelado
el esqueleto. Cinco horas mortales duró el paso este
día, pero no pudimos dormir nada en toda la noche,
pues las rezagadas, con sus picotazos, nos impidieron
descansar. Es uno de los tormentos más horribles que
puede uno imaginarse.

EL CONDE DE FABRAQUER.

(Continuará.)

A una Lola.

Ligera, como nube de vapores,
hollando apenas con tu pie la arena,
tu presencia se nota en que se llena
el ambiente de aroma de mil flores.

Dudando mueren todos los amores,
que tu encanto á millares encadena,
que á morir y dudar amor condena,
al mirarte una vez, bella Dolores.

Dudando y también, que mi destino,
de mi amor al hacerte único dueño
la misma duda puso en mi camino,

que procuro apartar con vano empeño,
á decirtela en fin me determino:
¿Eres, Lola, mujer, ó eres un sueño?

F. DÍAZ GALLO.

COBARDIA

II

Nadie se acordaba ni del incendio, ni de la existencia de Juanico, ni de la hazaña de Conrado en aquella mañana del domingo de Pascua de Resurrección. Había terminado hacía una media hora la misa mayor en la Colegiata; por la calle Real paseaba lo más granado de la juventud de Valdeáguila, y las hijas de los señores, ataviadas con los vestidos de seda que usaban pocos días en el año, rodeados rostros y peinados con mantillas y grupos de flores, escuchaban á su paso frases de admiración, palabras de homenaje cortés á sus bellezas, oídas con agrado y envanecimiento, á pesar de saberse de sobra que eran del todo frívolas, que ninguna respondía á sentimientos sinceros y positivos.

En la puerta del Casino, enclavado en el centro de la calle Real precisamente, lugar obligado del paso de todo el mujeriego elegante y pretencioso de la población, se agrupaban los pollos y los gallos, que se consideraban ellos mismos el núcleo de distinción y buen tono más digno de aprecio que pudiera encontrarse en toda la extensión de las Castillas. Con satisfacción recíproca, ellos y ellas, los representantes de ambos sexos de la clase señorial se contemplaban diciendo para sus adentros que fuera de su círculo era difícil encontrar arrogancias, gallardías, sentimientos galantes, ninguna de esas cualidades delicadas que son patrimonio exclusivo de las familias que tienen por antecesoras generaciones innumerables de gentes bien nacidas y educadas.

Conrado estaba entre los pollos; sostenía con ellos coloquio bullicioso y picaresco en formas regocijadas; chateaba con algunos, tomando como asunto de sus bromas aventuras amorosas mal ocultas, cuando vino á encararse con él y con sus interlocutores otro joven de su edad, lívido, escuálido, de mirar receloso, de andar vacilante, traduciendo en su aspecto y en sus ademanes la corrupción de sus costumbres despreocupadas y crapulosas.

Comenzó á emitir conceptos mortificantes contra todos los transeuntes, sin ilación ni motivo, en tono displicente y acalorado; denotaba la forma incongruente de su conversación un estado de embriaguez á medio disipar, recuerdo de la noche pasada en la orgía. Pocos desconocían las inconveniencias y procacidades que caracterizaban el proceder de Diego Velayos, que así se llamaba aquel perdido, y por lo mismo toleraban sus impertinencias de señorito mal educado; alguna que otra vez se celebraban sus desplantes, y casi siempre, cuantos profesaban la virtud de la prudencia se alejaban de su lado, pues solían ser tantos y tan descarados sus atrevimientos, que era indispensable reforzar la sensatez para no dejarlos pasar sin correctivo.

Imposible es averigar si por inconsciencia absoluta de su estado, ó por deliberado propósito de alardear de su falta de vergüenza en un día solemne en que se congregaban sus convecinos en animado esparcimiento, hubo Diego de extremar sus groserías. Tan directamente encaminaba sus palabras á zaherir personas y familias determinadas, tantos eran los sarcasmos que

dirigía sin disimulo á conocidos y desconocidos, que Conrado, á quien personalmente no alcanzaba ninguna de las burlas, creyó llegado el momento de rogar á Velayos moderase sus imprudencias.

Si cortés y mesurado fué el aviso, no así la repuesta: colérico, cambiado el tinte de su faz de blanco pálido en carmín encendido, volvióse Diego contra Guzmán, y tras rápido diálogo en que se lanzaron recíprocos reproches de ser el uno por demás desvergonzado y el otro con exceso entremetido, cayó la mano del borracho pesadamente sobre el rostro de Conrado, y sonó seco el golpe de la bofetada.

Con prontitud vertiginosa asió Guzmán á Velayos por el cuello de la camisa, zarandeando su desmedrado cuerpo, y se dispuso á derribarle en el suelo y á pisotearle; mas inmediatamente amigos y allegados se interpusieron entre los contendientes, los apartaron é impidieron que continuara la lucha brutal comenzada con fogoso ardimiento.

Eran unánimes las opiniones de todos los testigos del choque; la razón estaba de parte de Conrado, bien hecho estaba el poner á raya las demasías del lenguaraz, pero se había expuesto á que, reputando Velayos intolerable la reprensión para su condición de caballero, hubiera contestado como era de esperar á las oficiosas advertencias.

Minutos después sólo quedaban á la puerta del Casino comentaristas y glosadores del suceso; dolido Guzmán en el rostro, pero más en el alma por el inesperado ultraje, no se aquietaba con las palabras vulgares que empleaban sus amigos para calmarle; Velayos, sin medir el alcance de su acción, embrutecido por el alcoholismo, excitado más que de ordinario en aquellos momentos en que no sabía si arrepentirse ó si jactarse de la agresión, fué llevado á empellones hasta su casa por otros camaradas, que le afeaban haber promovido un escándalo que á no dudar sería censurado por todo Valdeáguila.

Al mediar la tarde los salones del Casino hervían en concurrencia; en todas las tertulias se sostenía el mismo tema de conversación, la bofetada recibida por Guzmán. Pero apaciguados los ánimos, pasada la impresión primera de estupor y desagrado que produjo en unos el presenciar el lance y en otros el tener de él noticia, la pregunta de todos era la misma: ¿qué haría Conrado? Se descontaba, por supuesto, de antemano, que no dejaría transcurrir muchas horas sin adoptar la actitud imprescindible en casos tales; la curiosidad se limitaba á deducir qué proporciones daría á la ofensa y en qué términos exigiría su reparación.

Ni Velayos ni Guzmán acudieron por tarde ni por noche al Casino; lógico era que, comprendiendo ambos lo vidrioso de la situación, se abstuvieran de ponerse frente á frente estando tan fresca la reyerta; á lo que no se daba fácil explicación era á que ninguno de los íntimos de Conrado hubiera recibido encargo suyo de arreglar, con los representantes que designara Diego, la cuestión pendiente, con arreglo á los usos aplicables al caso entre reconocidos caballeros. Se preguntaba á Láinez, el Comandante retirado; á Márquez, el anciano caballero de Montesa, que había bajado de su castillo de los Robles á pasar los días de Pascua en Valdeáguila; á Serrano, el alegre vividor empobrecido, que se aburría en su destaralada casona recordando los borrascosos días pasados en París y Madrid, amigos entrañables todos de Guzmán, aptos para aconsejarle y apadrinarle en el asunto de honor que se veía precisado á ventilar, y todos tres afirmaban que no tenían encargo alguno que cumplir.

Creció el asombro en el siguiente día; muy de mañana continuaron las pesquisas y averiguaciones para venir en conocimiento de lo que proyectaba hacer el ofendido, y al acicate de la curiosidad se unía el agnición del amor propio que á todo el señorío de Valdeáguila traía inquieto y desazonado, ante el temor de que uno de los suyos, escarnecido y abofeteado en público, llegara á conformarse con su desairada situación. Pasó el plazo de las venticuatro horas que las leyes caballerescas vigentes señalan como hábil para reclamar explicaciones reparadoras de los agravios recibidos, y Conrado dejó de comisionar á nadie para que en nombre suyo se entendiera con Velayos. Terminó el día, y

con estupefacción general se supo que Guzmán continuaba sin darse por entendido.

Antes de finalizar la semana volvió Conrado á presentarse en público; paseó por las calles principales, acudió al Casino, trabó conversación con las personas con quienes alternaba de ordinario, y en todas ellas apreció frialdad y desvío mal encubiertos. Y comprendiendo con perspicacia cuáles eran los orígenes de semejantes desdenes, y sin aguardar que á ellos se aludiera en su presencia, se adelantó á razonar lo que él había hecho, y lo cual entendía merecía aprobarse por toda persona sensata y desapasionada.

Había sido agredido ante la mayor parte de sus convecinos, era cierto; mas ¿quién era el agresor? Todos le conocían, juzgándole con unanimidad absoluta un disipado, un calavera de la peor especie, un hombre separado moralmente de la sociedad de sus iguales, por sus hábitos desordenados, por la brutalidad que ponía en sus palabras, por sus sentimientos viles y torcidos. Si le honraban con su conversación y compañía, debíase á costumbres adquiridas en la infancia, á respetos conservados hacia su familia, no ciertamente á las simpatías que su persona despertara.

Pretender que pasados los primeros momentos de indignación estimara la soez ofensa equivalente al ataque deliberado á su honra que le hubiera inferido un verdadero caballero, lo consideraba tan desprovisto de fundamento, que aun no apreciando su vida tanto que no le importara disfrutarla con deshonor, entendía que ni él por sí mismo, ni aquellos que se decían sus amigos, podían consentir en que la expusiera en lance arriesgado contra un badulaque eternamente ebrio, mirado con desprecio general.

Después de estas aclaraciones, dichas sin timideces ni arrogancias, salió Conrado del Casino, seguro de que á poco que reflexionasen sus censores, quedarían convencidos de la sinrazón de sus críticas.

Se equivocó de medio á medio. Las palabras que supuso serían suficientes á justificarle, levantaron protestas clamorosas; los señores de Valdeáguila, sofocados y poniendo el grito en el cielo, no se conformaban con que se impusiera Guzmán voluntariamente semejante deshonra, y ya le tachaban de loco, ya de innovador desatentado, alucinado por la presunción de reformar por sí solo los usos y prácticas á que se amoldan en asuntos de honor las personas decentes. Pero concluían en un parecer comúnmente aceptado, en el de que urgía realizar un acto que sirviera de expresión pública de su desacuerdo con el abofeteado.

Tardóse algo en discutir cuál debía ser la forma de expresión apetecida. Los más propusieron que se le expulsara del Casino, por no ser digno de pertenecer á una reunión de caballeros quien había demostrado tener valor tan escaso, en momentos en que, aun sintiendo su falta se imponía improvisarle sacando fuerzas de flaqueza; los menos, sin oponerse abiertamente á la opinión irritada é inclinada á las medidas radicales, recordaron la abnegación de Conrado en el salvamento de Juanín, acción que á su entender no era para cumplida por hombre poco valeroso; la mayoría no quiso apreciar como atenuante aquel hecho, propio de un loco, que á tanto equivalía, á su entender, exponer la existencia por la de un chicuelo miserable, y acordó borrar de la lista de socios á Guzmán.

Y el infeliz Conrado, al conocer la nota de infamia que arrojaban sobre su nombre sus iguales, los señores de Valdeáguila, huyó de la población con ánimo de no volver jamás á ella, y huyó humillado, cabizbajo, sin atreverse á levantar los llorosos ojos ante ninguno de sus convecinos, prontos á escupirle al rostro la misma palabra afrentosa, la de cobarde.

MANUEL CONROTTE.

EL ETERNO COMBATE

No se cede jamás ante una guerra
de torpe envidia y miserables celos.
¿Qué le importa á la luna, allá en los cielos,
que le ladren los perros de la tierra?

Si alguien aspira á derribarte, yerra y debe ahorrarse estúpidos anhelos; no hay ya poder que abata por los suelos todo el caudal que tu talento encierra.

¿Que recibes un golpe por minuto?
¿Que á todo trance buscan tu fracaso?
¿Que ya cansado estás?... No lo disputo;

Mas oye, amigo, este refrán al paso:
"Se apedrean las plantas que dan fruto!
¿Quién del árbol estéril hace caso?"

MARCOS ZAPATA.

CURIOSIDAD LITERARIA

LA PRIMAVERA ¹

Dos meses ha que, acobardados por el frío y condenados á vegetar entre cuatro paredes, á duras penas podíamos distinguir, al través de las vidrieras empañadas por el hielo, un horizonte pesado y nebuloso y una tierra estéril y rasgada en profundos lodazales.

Pocos días después hemos visto cambiada la escena como por encanto: á la rigidez ha sucedido la templanza, y al árido aparato del invierno, un conjunto indefinible de aroma, de colores, de frescura, de luz, de animación y de fecundidad.

El cambio es evidente: ahora lo que importa es apreciarlo; y aquí se nos ocurre una dificultad: el lenguaje de la naturaleza, como todo lenguaje de belleza y de armonía, es tan vago, tan indeterminado, que cada cual valora las notas á su modo. Siendo esto así, habremos de contentarnos haciendo otro tanto por nuestra parte.

Estamos en plena primavera; en esa edad risueña de los años tantas veces nueva y tantas veces bella, al decir de los poetas, cuantas se ha reproducido desde la primera infancia del globo.

¡La Primavera! hora divina del tiempo que nos marchita por instantes, hora de regeneración, hora de amores para ese viviente colosal de que son átomos nuestras existencias, de esa tierra que sepultada bajo una losa de nieve, arroja de su seno un nuevo germen de vida que se desborda en flores y en brisas, notas sublimes de su eterna armonía.

Si no amenazara el estío con sus desapiadados calores; si las aristas que aun llevan el viento, como pavesas del año que pasó, no nos recordarán que tras tanta belleza se encienden rayos que todo lo secan y agostan, quizá tendríamos á la primavera como un descanso del tiempo, como un momento en que suspendida la naturaleza entona un cántico de amor reclinada sobre las flores, símbolos de su ternura.

Tal vez así la considera el mundo de los hombres, que, á semejanza del de las plantas, dilata su corazón y abre los senos del sentimiento á la infinita armonía que le rodea.

He aquí por qué son tan apacibles esas horas en que á la luz de una alborada continua y sobre una alfombra embalsamada, pueden comunicarse las almas con ese otro mundo invisible que todo lo comprende y cuyo lenguaje es el misterio, la belleza y el silencio.

Por eso la primavera es tan seductora para el que ama, el que sufre, el que recuerda y el que espera, tan seductora en fin para todo el que siente, ó por la íntima correspondencia de la belleza con su dicha, si tal goza, ó por el contraste del dolor, si por desgracia sufre.

Porque también el dolor tiene su poesía; tiene un infinito á que lo eleva el contraste de lo bello y de lo grande, desde cuya altura deja de ser martirio para convertirse en consuelo.

Quien guarde en su corazón una lágrima de amor ó desengaño, hallará ciertamente en el mágico idioma de la primavera un signo de correspondencia, una afinidad de vibraciones en su armonía.

Pero cuando esa lágrima no existe; cuando marchito el corazón por un estío anticipado no conserva una

sola fibra capaz de vibrar á excitación alguna, ¿cuál será, cual podrá ser su primavera?

¿Habéis visto esas flores que se reproducen por meses, libres de la influencia de las estaciones? Para ellas no existe más que tiempo y solo tiempo; para ellas es casi imperceptible la alternativa de vida y muerte; para ellas, en fin, no hay un momento especial, un momento supremo de regeneración.

Esas flores forman un mundo aparte, semejante al mundo de la indiferencia, en el cual la primavera es una mentira más, una mera fecha que indica la pérdida de un año.

Veinte primaveras son para un corazón henchido de sentimiento, veinte años de recuerdos y de poesía, veinte realidades arrancadas al tiempo y á la esperanza, siquiera esas realidades se funden en desengaños; mas para quien no sabe ni debe comprender los misterios de las flores, veinte primaveras son otras tantas jornadas de olvido, otros tantos guarismos de una suma que termina con la muerte. ¿Quién llevará razón?

Goza, por si acertais, de los momentos que corren, vosotros los que entendéis el lenguaje de la armonía: una primavera más se os ofrece.

Nosotros tenemos un año menos ante lo porvenir.

IVÓN.

(JOSÉ FERNÁNDEZ JIMENEZ.)

Las entrañas de las Compañías de ferrocarriles.

Muere en Uclés, provincia de Cuenca, un antiguo Oficial del Ejército en situación de inválido: deja una viuda y seis hijos en la más espantosa miseria.

La viuda, que es de Alicante y que puede probar la legitimidad y la desgracia de su situación, pide por mi conducto unos billetes de *Caridad* para trasladarse á Alicante con sus pequeñuelos.

Escribo al Director de la Compañía de los ferrocarriles de Madrid á Zaragoza y á Alicante, y recibo el siguiente curioso besalamano:

«El Director de la Compañía de los ferrocarriles de Madrid á Zaragoza y á Alicante, B. L. M. al Sr. Don Juan Valero de Tornos, Director del periódico GENTE VIEJA, y con devolución de la adjunta carta que acompañaba á la suya de 17 del corriente, siente manifestarle que, aun cuando en complacerle hubiera tenido una satisfacción, no puede facilitar á su recomendada Doña Rafaela Plá los billetes que desea, por no permitirlo las reglas establecidas.

»D. Nathan Süss aprovecha gustoso esta ocasión para ofrecerle el testimonio de su consideración más distinguida.

»Madrid 20 de Marzo de 1903.»

Está establecido que las Compañías de ferrocarriles hagan la caridad de trasladar á sus residencias á los que materialmente no tienen medios, y eso se cumple de la manera que se deduce del besalamano.

No hay que extrañar que el público considere á las Empresas de ferrocarriles, y principalmente á la del Mediodía, como la representación de la codicia y el egoísmo.

Sepan todos los pobres de España lo que tienen que agradecer á las Compañías extranjeras que explotan nuestra Patria.

¿Qué dirán los respetables personajes españoles que forman los Consejos de Administración?

JUAN VALERO DE TORNOS.

INDUSTRIAS MADRILEÑAS

Arte y sentimiento.

La fonografía y sus derivados se han considerado hasta ahora como un elemento puramente artístico y de recreo; en los países del Norte ha dejado de tener esta consideración y empieza á representar un papel importantísimo en la esfera del sentimiento.

Si el conservar un retrato de las personas queridas es un consuelo para los supervivientes, el poder conservar la voz del padre, del hijo ó de la mujer amada, constituye un progreso sentimental, viniendo á hacerse del fonógrafo, más que un instrumento de recreo, un verdadero relicario de cariño.

En esta nueva aplicación del fonógrafo precisa que el instrumento sea perfecto, y para encontrarlos en estas condiciones, la casa que más garantías ofrece y está más surtida en España es la de nuestro amigo Ureña, el cual acaba de poner á la venta un nuevo modelo, por el ínfimo precio de 100 pesetas, con seis fonogramas y dos cilindros en blanco.

Ureña ha comprendido que la regeneración depende del trabajo del individuo; y en lo que se refiere á electricidad, en todas sus múltiples manifestaciones modernas, en máquinas de escribir, ha conseguido tener las marcas, entre ellas la «Gran Oliver», única que lleva el nombre español y que ha ganado grandes premios. También tiene Ureña máquinas de *calcular*, aparatos de la luz eléctrica de bolsillo, con pilas secas; lámparas incandescentes de las mejores marcas, entre ellas la nueva New-York, á precios sin competencia; permitiéndonos aconsejar á todo el que necesite comprar aparatos eléctricos, fonógrafos ó máquinas de escribir, no lo haga sin antes consultar precios á Ureña. Prim, 1 (antes Saúco), y Barquillo, 14.

* *

Viuda é hijos de Matías López.

Como todo lo que vale y como todo lo que llega al ápice de la reputación merecida, esta importante casa está siendo víctima de imitaciones groseras, que no la afectan por la clientela que puedan quitarle, sino que la molestan porque desacreditan su marca.

De todas las espoliaciones que pueden cometerse, la más grave consiste en pretender apropiarse el trabajo y el crédito ajenos: hacer libras, pastillas ó bombones de chocolate descuidadas y antihigiénicamente fabricadas, y ponerles la marca Viuda é hijos de Matías López para venderlos bien, es peor que expender moneda falsa.

El país es así: se está mucho tiempo sin cultivar una industria ó un negocio determinado, hay uno que la establezca ó lo monta, y en el acto, y sobre todo cuando la iniciativa produce resultados, *surgen* otros que tratan de explotar el mismo filón, con la circunstancia de que no tienen que crear, sino copiar, y de que se encuentran hecha la propaganda de la cosa.

Pero como en todo se progresa, antes se limitaban algunos industriales á copiar á otros; hoy encuentran más cómodo y más sencillo tomarles también la marca, y de esta manera se prueba una vez más que España es legítimamente la autora del conocido cuento de las escobas.

Advertencia.

Aunque el buen sentido de nuestros lectores la habrá sabido subsanar, en el soneto de Zapata dedicado á Blasco se cometió una errata de importancia: quería yo salvarla por una nota, pero no puedo resistir al deseo de publicar la saladísima carta de mi querido amigo Marcos, y casi deseo que le *suelten* alguna otra errata si ha de dar lugar á cartas tan sabrosas como esta.—V. DE T.

AMIGO JUAN.

En el soneto que te envié para el número extraordinario de GENTE VIEJA consagrado á la memoria de Eusebio Blasco, no había (que yo sepa) ningún verso de 12 sílabas. Yo no tiro en los sonetos con piezas de tanto alcance.

Tampoco *lucí* en tan modesta composición la palabra *humanidad*. Me contenté con la de.... *humildad* y así, contando por los dedos, me propuse que resultara un endecasílabo.

Véase la prueba (verso 7.º):

«Ensalzó la humildad y la pobreza»

Pero se metió un cajista de por medio y sustituyó humildad con *humanidad*.

El único remedio que nos queda es el de salvar la *errata* en el número próximo llamando la atención de los lectores por medio de una nota que tú, querido Juan, redactes en *vindicación de mi honra literaria*.

Tuyo siempre, en prosa y en verso (aunque resulten largos)

MARCOS.

Imprenta, Juan Bravo, 5.

¹ Este trabajo fué escrito por su autor á mitad del siglo XIX para un libro titulado: *Mañanas de Abril y Mayo*.